

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EMBAJADAS.—UN LIBRO ARGENTINO.—NÚÑEZ DE ARCE

Con corta diferencia de tiempo va á recibir Madrid dos embajadas extraordinarias: la del representante de S. M. Eduardo VII de Inglaterra, para notificar lo que todos sabemos, ó sea su elevación al trono de sus mayores (que lo calientan no hace mucho), y la de la grande, espléndida y moderna ciudad de Buenos Aires, representada por su intendente y una comisión, que trae el obsequio del magnífico jarrón de Benlliure, ofrecido á la reina.

El diferente sentido de las dos embajadas no se ha escapado al sutil olfato de la multitud. La multitud no es lerda. ¡Qué ha de ser! Yo sostengo que aquí en España se podría gobernar bastante bien sólo con dejarse guiar por el instinto de la multitud. Casi siempre — no diré que no haya excepciones, pero es en casos que tienen explicación fácil — acierta el pueblo, dirigido por su criterio más derecho que un huso. Y presenciamos con asombro cómo los gobiernos, caminando á tientas, tropiezan aquí y allí, por no atender al susurro continuo y humilde de las voces de la opinión vulgar.

La cual, en este caso, yendo rectamente á su fin, se muestra fría, glacial, indiferente, respecto á los enviados de S. M. Británica, y en cambio hierve en entusiasmo al solo anuncio de la llegada de los argentinos — que, dicho sea entre paréntesis, por un aplazamiento muy comentado no vendrán á Madrid hasta fines de abril — y se prepara á acogerles y festejarles con la mayor y más franca cordialidad; brazos abiertos, mano tendida.

Ya que de hispano-americanos se habla, y aunque Rubén Darío es autor vivo, ¡y tan vivo!, y yo sólo hablo de los muertos, voy á recordar aquí que acabo de leer un recién llegado libro suyo. Se titula *España contemporánea* y contiene las crónicas enviadas por el brillante escritor al periódico *La Nación*, de Buenos Aires. Alabo esta buena costumbre de reunir y conservar las crónicas periodísticas. ¡Cuántas veces cogemos un diario; leemos en él, con interés sumo, una crónica que guarda conexión con otras y forma parte de una serie, y nos queda el apetito abierto é insaciado, porque no volvemos nunca á encontrar ocasión de echar la vista encima á las crónicas restantes! Por otra parte, la colección de Rubén Darío tiene unidad. Es la narración de un viaje y de las impresiones en él recibidas. Trata de España con espíritu literario, fijándose sobre todo en las manifestaciones del arte y en el estado de las letras. Por lo cual constituye un documento de excepcional interés.

El pintor que quiere retratarse, tiene que ver su imagen reflejada en un espejo. Algo semejante les sucede á las naciones. Para conocerse, no les queda otro recurso sino mirarse en estos espejos lucientes y claros — los escritores de fuera. — Las mismas diferencias que la luna del espejo da en cuanto al color, las alteraciones que puede hacer sufrir á las líneas, son enseñanza.

No dudará nadie que Rubén Darío, salvando detalles, ha visto justo. Tanto ó más que su instinto inteligente, le ha guiado su afecto á España. No se puede hablar de un país profesándole odio, repulsión

y mala voluntad sistemática. La misma reprensión, la advertencia, han de fundarse en simpatía; si no, pierden su virtud educadora. Rubén Darío encabeza sus crónicas con un canto de amor á España. «Si ya no es la antigua poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender á ella mucho más.» Después de tal consigna, el estudio sobre España, ó mejor dicho (no cae bien la árida palabra *estudio*), la impresión artística y social de España ha de ser grata y jugosa, fresca, y aunque alumbrada por las luminarias de la fantasía, muy digna de tomarse en cuenta como dato.

El poeta argentino desembarca en Barcelona, y le envuelven las múltiples y raudas corrientes de opinión de la gran ciudad industrial. Ve á los anarquistas, á los obreros que en las horas de descanso hablan de la R. S., á los autonomistas, los francesistas, los separatistas; pero ve también el trabajo, la cultura, las chimeneas de las fábricas, los progresos admirables de la tipografía, el desarrollo de la voluntad, toda esa fuerza, ese vigor que, dígame lo que se quiera, han puesto á Cataluña á la cabeza de España y de las regiones españolas, haciendo de ella *nuestra única Europa*; y Darío lo reconoce, lo siente, lo admira, como es razón admirarlo.

Después llega á Madrid, y su fina sensibilidad percibe el indiferentismo de la capital de España ante la catástrofe acabada de suceder, la firma del tratado de París, y todo lo que con esta fatal fecha se relaciona. La tristeza inmensa de las cosas, que España ha resuelto no advertir, nótese el extranjero, y la deja transparentar en sus páginas. «Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo...» Bien, ¿y qué?, dicen los madrileños saliendo de capa á tomar el sol.

También nota Rubén Darío el fenómeno usual del desconocimiento absoluto de América que en Madrid existe. Es una cosa hasta curiosa. No enterados á medias, no: absoluta, completamente ignorantes. De eso de no saber hacia dónde cae Méjico. Y no hablo de la muchedumbre: personas obligadísimas á estar informadas, á adquirir, por lo menos, la *tintura*.

Lo notable es que á esa América desconocida (casi como antes de Colón, Pinzón y Pizarro) se la profesa cariño. Un cariño indefinido, maquinal, pero sincerísimo. La emancipación de las colonias, una tras otra, no dejó aquí gérmenes de odio. El tiempo ha trocado la indiferencia en inclinación. Las muestras de cordialidad, las voces de ánimo que de allá nos han venido, convierten la inclinación en una especie de romántico entusiasmo. Díganlo recientes solemnidades; piénsese en el movimiento de opinión producido por los anuncios de la llegada de la comisión bonaerense. Atender, obsequiar, jalear..., todo lo que ustedes gusten. Indagar, enterarse, tomar ejemplo de tantas cosas como podría tomarse..., nunca.

Al hablar de quien esto escribe, Rubén Darío me otorga la propiedad de una anécdota sobre Víctor Hugo, referida por mí en estos términos: «Cuando se publicaron las *Doloras* de Campoamor, Víctor Hugo, celoso de esa gloria, dijo: *Voy á hacer un volumen de Doloras...*, y escribió *Chansons des rues et des bois*.» Pues le advierto á mi amigo el poeta que la anécdota será inverosímil, pero no es mía. Castelar fué quien me refirió esta tarasconada; y la refería á menudo; gustaba de contarla en todas partes. En mi opinión, la asombrosa memoria de Castelar no le era infiel. Oír hablar Víctor Hugo de algo nuevo en poesía y no querer ejercitarlo, imposible. No quiere decir que establezcamos comparaciones entre Campoamor y Víctor Hugo. ¡Son tan diferentes! En fin, conste que la anécdota no me pertenece. *Suum cuique*.

Del amenísimo libro se podría extraer lo bastante para llenar una crónica, recogiendo opiniones muy ciertas y muy independientes acerca de las letras, el arte, las clases sociales, la enseñanza, tantos y tantos temas que aquí vienen siempre, más ó menos falsificados y velados, á buscar la luz pública. Rubén Darío, que es lo bastante *hispano* para conocerlos rápidamente y asimilarse esta atmósfera, no es *español*, no se encuentra cogido y amordazado por esas invisibles mordazas de la *camaraderie* y la complicidad periodística. Por eso, en sus hermosas parrafadas libres y palpitantes aletea con bastante frecuencia la entera verdad, esa verdad cuyas formas estatuarías ya se nos van olvidando, desde que ni por casualidad un día las admiramos al sol, desnudas de ropa.

Así es que el libro de Rubén Darío, como al principio dije, es un espejo donde nos contemplamos para interpretar nuestra fisonomía moralista, nuestra *facies* poco tranquilizadora para el pronóstico de

nuestro porvenir. Recrea, pero también enseña y advierte; y esto último, sin que se lo haya propuesto el escritor, más que nada artista, sensitivo y prendado del carácter pintoresco de España.

Acabo de leer que se encuentra enfermo de mucho cuidado D. Gaspar Núñez de Arce. A la hora en que escribo, no se sabe que la enfermedad sea de muerte; pero se presume, con fundamento, que en eso puede parar. Es un mal terrible el que padece el autor de los *Gritos del combate*: se llama la *melena*, y consiste en vómitos de sangre procedente del estómago. Núñez de Arce presenta este fenómeno patológico por segunda ó tercera vez. La primera, hace años, puso ya su vida en inminente riesgo. Salvó y acabó de consolidar la curación en las aguas de Mondariz, para el estómago incomparables. Allí, por las mañanas, en el paseo de digestión de la linfa maravillosa, he conversado con Núñez de Arce diariamente, largamente, adquiriendo la convicción de que el sonoro y grandilocuente poeta es un espíritu entristecido, pesimista y tradicionalista. El descubrimiento no me sorprendió. Ni es casi descubrimiento. Acercaos á casi todos los españoles ilustres, famosos, entrados en años; añadid la superficie del liberalismo político — una cascarilla, que desaparece al primer capirotazo con la uña, — y encontraréis, resistente, dura, consolidada, la madera de la tradición. Tampoco es raro el caso de esa especie de ascetismo melancólico, de ese recelo angustioso de la Vida y de la Libertad, que he comprobado en Núñez de Arce. Su cabeza, que reclama el pincel de Pantoja de la Cruz ó del Greco, no miente. Es una cabeza *felipista*, escurialense: una cabeza de la vieja España, gris, pétrea, dolorida é inquisitorial.

Si Núñez de Arce salva — y ojalá salve, porque ya este desmoche de glorias nos va dejando demasiado mochos, demasiado pelados, sin cosa que enseñar á los forasteros; — si Núñez de Arce salva, repito, y lee esta crónica, se sonreirá, con su amarillenta y mustia sonrisa, al leer lo que voy escribiendo. Porque de buena fe se cree Núñez de Arce *hijo de su siglo*: liberal. ¿Acaso no es sagastino, consecuente fusionista, uno de los prohombres del partido que hoy ocupa el poder?

Y á fe que sentiremos la pérdida de Núñez de Arce cuando suceda — Dios lo disponga lo más tarde posible, — pero nuestro sentimiento no tendrá que ver con la política poco ni mucho. Políticos como Núñez de Arce, ni mejores ni peores, ni más activos ni más pasivos, los contamos por gruesas. De ellos podríamos decir lo que decía cierto conocido mío, al ver caer á un granuja de un cerezo, en el mes de junio: «No se apure usted, que todos los días nace un millón.» Pero de poetas como Núñez de Arce, sí que entran pocos en libra, y cada día van entrando menos. Notad cómo desaparece esa especie literaria — el poeta. — En España, muerto Campoamor, si muere Núñez de Arce, bien poco queda que se vea de lejos. Se escriben versos, muchos versos, y hasta sonoros y de vuelo lírico (recordad ciertos parlamentos de *Nerón*, la traducción del *Cyrano*), pero el poeta por aclamación no aparece; no se levanta la frente apolínica, irradiando entre las otras. Mi opinión de que el escritor y el literato son obra de su tiempo, se confirma al comprobar esta escasez. Poetas tendríamos si la estación fuese favorable á tal cosecha. Es que ha llegado el invierno de la poesía; es que no la siente ya la raza, como tal vez la sintiese hace veinticinco años; como de cierto la sentía hace cincuenta. Las últimas tentativas para infiltrar en el público la poesía van unidas al nombre de Núñez de Arce y á la memoria de Rafael Calvo, cuando leía en los teatros *El vértigo*, *El idilio* y el *Raimundo Lulio*. Moda pasajera, que no llegó á arraigarse. La última producción de Núñez de Arce, *Sursum corda*, á nadie se le ha ocurrido declamarla. Esa golosina de la rima, esa afición al verso *oído*, resonante como una sinfonía de Verdi, pasó. España, que va haciéndose inteligente en música, va ensordeciendo para el verso.

Los de Núñez de Arce, rotundos, bien medidos, bien aconsonantados, pertenecen al número de los que ganan en labios de un gran lector como el pobre Rafael. Desde que no se leyeron en alto, se leyeron menos de todas maneras.

Quiera Dios aliviar el cruel padecimiento del vate y prolongar su existencia amenazada. Los hombres como Campoamor, como Núñez de Arce, como Zorrilla, aunque guarden silencio y se hayan recogido al descanso y á la soñolencia de los últimos años de la vida, son adorno de su patria; *hacen compañía*, digámoslo así, con su presencia sola.

EMILIA PARDO BAZÁN.